

medo, al aceptar la comisión, previó probablemente el fracaso, á pesar de la carta muy hábil y expresiva que en apoyo de su pretensión dirigió al Ministro peruano. Pero es de creer que más bien lo llevó á emprender el viaje el deseo de mejorar en sus achaques, como se deduce de la carta á Bello ya citada: He vuelto del Perú (le dice), á donde fui á buscar salud y no la encontré." La carta es de Enero 31, y falleció el gran poeta que la suscribe, veinte días después, el 19 de Febrero de 1847, víctima del padecimiento intestinal que por tanto tiempo lo atormentó.....

El estilo de Olmedo en prosa, muy diferente del de sus versos, es muy agradable. Si alguien en el Ecuador reuniese y publicase sus cartas, junto con algunos de los documentos oficiales, que conste haber sido totalmente escritos por él, prestaría buen servicio á las letras y á la historia de América.

ENRIQUE PIÑEYRO

## Los libros malos

Os he hablado de los libros buenos. Hoy, hijos míos, estoy condenado á hablaros de los malos libros; y, puesto que tal es mi deber, lo cumpliré.

Nuestro deber es preveniros contra el mal y defenderos de vuestros enemigos. Pero tenéis un enemigo del que se debe desconfiar, tanto más cuanto se encubre con la máscara de la amistad. Un enemigo que tiene siempre la sonrisa en los labios, el dón del buen decir, una conversación agradable, es un charlatán, un cuentista, un artista, un poeta. Pero no os engaños: en el fondo no es más que un asesino que os entretiene para perderos, y que, una vez con vosotros, no ha de dejaros hasta haber hecho presa en vuestras almas. Ese enemigo que os denuncio, ese enemigo de vuestras almas, ese asesino, es el libro malo.

Hay libros malos contra la fe y libros malos contra las costumbres. Algunas veces unos y otros se unen, y traba-

jan de concierto bajo el mismo título, como dos asesinos avezados al crimen, que se asocian para explotar sus vilezas. La impiedad venda los ojos de la víctima, después de haber apagado la antorcha de la fe; la inmoralidad, por su parte, hiere en el corazón; la víctima cae; el golpe está dado. Pero de los libros contra la fe os hablaré cuando tratemos de esta virtud; hoy, trataré exclusivamente de los libros inmorales, á los cuales comienzo por declarar guerra abierta. Ya conocéis nuestro reglamento, que en esto es inexorable: aquí no se tolera la presencia de un libro malo. No la sufrimos ni un solo día, ni una sola hora, ni un solo momento. Si alguno penetra en el colegio, inmediatamente es condenado á la hoguera, y es arrojado al fuego como lo merecen los incendiarios y los condenados. Y en cuanto al desgraciado que le ha servido de introductor, de propagandista ó de lector, lo expulsamos inmediatamente. Lo expulsamos, porque, amantes como somos de Dios, no podemos tolerar que se introduzca el enemigo en la Santa Casa de Dios. Lo expulsamos, porque os amamos, hijos míos, y debemos defenderos contra la corrupción y contra el corruptor. Lo expulsamos, porque es el mal, y aborrecemos el mal como debéis aborrecerlo vosotros. Lo expulsamos no por falta de compasión para con el culpable, sino á pesar de nuestra compasión, que en tal caso sería complicidad. ¡La compasión!... Y, ¿á quién la debemos con preferencia? ¿Al seductor ó á su víctima? ¿Tendríais compasión del lobo que á espaldas del pastor penetrase en el aprisco? Nosotros no la tenemos; no podemos tenerla: nuestro reglamento es desapiadado en esto, y sin clemencia alguna lo haremos observar.

¿Y tenemos para ello motivos? ¿Son verdaderamente peligrosos los libros malos? ¿Son perniciosos? Lo uno y lo otro, hijos míos. Por los medios de que disponen son los más poderosos seductores de las almas; por los efectos que producen, los más crueles asesinos de las almas. Para mí es evidente.

## I

No debéis ignorar que existe en nuestros días una conspiración muy inteligente y muy poseída de su papel, que se propone demoler las costumbres, y demolerlas valiéndose del libro. Que esa conspiración sea solamente oficiosa, como esa verdadera banda de malhechores que se llama Liga de la enseñanza, ó que sea la expresión del espíritu oficial y una de las formas de la guerra declarada por el Estado moderno al Señor de todas las virtudes, no importa: no hacen al caso ni los nombres, ni las autoridades que en ella figuran. En el fondo, la consigna es la misma y procede del mismo lugar: de las logias masónicas, de las sociedades secretas, dueñas hoy de la prensa y de las instituciones.

Así pues, esa conspiración está formada por las emanaciones del pozo del abismo, como dice Bossuet, siguiendo al Apocalipsis; es la trama de un gran conspirador, el primero de los arrojados á aquel lugar, y que no descansa para arrastrar consigo al mundo entero, que hoy más que nunca está bajo sus órdenes.

Ese príncipe, muy bien equipado, posee en nuestros días un armamento de singular perfección; ninguna de sus máquinas ha hecho tantos progresos como la que hoy es objeto de mi plática. Ha tomado todas las formas: volumen, folleto, entrega, hoja volante; se ha vestido de todos los atractivos, de los de la imprenta, de los del grabado, de los de la encuadernación lujosa. Se vende á todos los precios; á peso de oro y por algunas monedas de cobre, estando así al alcance de todas las fortunas, en edición económica ó en edición de lujo. Y, en efecto, ha logrado pasar desde el palacio á la cabaña, desde el taller á la buhardilla, desde el salón á la taberna, de las manos blancas á las manos callosas: es una potencia universal. Y además de una potencia es una acción perpetua bajo esa forma invasora y casi inevitable que se llama diario. De este modo,

si no se le busca, él se ofrece, se anuncia, grita, se impone; nada se sustrae á su imperio, que es imperio soberano. Pascal ha dicho que “la opinión es la reina del mundo”; y los periódicos gobiernan la opinión. Son, pues, reyes; son amos, forman los espíritus, gobiernan las conciencias, hacen y deshacen los Estados y las leyes y las costumbres. ¿Qué es lo que no hacen los periódicos? Son una máquina que atrae y pulveriza cuanto alcanza. ¡Desdichado el que se deja coger por ella! Y, yo que sé esto, yo que soy vuestro padre, ¿habría de ver que mis hijos se aproximaban á esa máquina, jugaban con esos engranajes y se arrojaban aturridos sobre esas ruedas mortíferas, sin temblar, sin abalanzarme hacia ellos y sin gritarles: ¡Atrás! hijos míos, ¡atrás!

Sin embargo, hay algo que temo mucho más que la seducción exterior del libro, por más poderosa que sea, y es la complicidad secreta que encuentra el libro en nosotros, en nuestro orgullo, en nuestra curiosidad, en nuestra sensualidad, que son otras tantas voces que abogan por él, como abogó la serpiente por el fruto prohibido. Es la misma escena de tentación. ¿Queréis seguirla conmigo?

Primero, tentación de orgullo: ¿Por qué os ha prohibido Dios que comáis ese fruto? “¡El día que lo comáis seréis como dioses!” ¿Por qué inquietarte, joven cándido, por esa prohibición? ¿Se ha hecho para ti? ¿No sabrás sobreponerte á ella? ¿No estás en la edad de ser hombre y de ser, en fin, dueño de ti mismo? *Eritis sicut di.* Esta es, hijos míos, la primera tentación, el primer silbo de la serpiente, que llega á vuestros oídos, el silbo del orgullo; lo habéis escuchado; os habéis dejado adular por él, y vais á sucumbir á la estúpida vanidad de ser grandes ó de parecerlo.

Otra tentación: la de la curiosidad que os dice: “Comed de ese fruto, y sabréis el bien y el mal.” Un joven de vuestra edad debe conocerlo todo, el pro y el contra. Debéis conocer todo aquello de que se habla en el mundo.

¿Seréis vosotros los únicos que no lean lo que se lee en todas partes? Esta es la segunda tentación, el segundo silbo que lanza la serpiente cerca de vuestro oído, el silbo de la curiosidad; y, si no estáis en guardia, vais á sucumbir á la codicia inepta de ser iniciados en el mal, y de poner en ello vuestra gloria.

Tercera tentación: la de la sensualidad. El fruto prohibido ofrece un deleite culpable: *Et erat visu delectabile*. El libro malo tiene este mérito, el único quizá: se dirige á los más bajos instintos de nuestra decaída naturaleza. Se mira el título, y éste seduce, lisonjea, arrastra. Se toma el fruto; se hojea el libro; yo no sé qué gusto toma en él nuestra naturaleza inferior; el mismo gusto, sin duda, que tienen algunos pueblos por el opio que los hace estúpidos, ó por los licores que los embrutecen. Esta es, hijos míos, la tercera tentación, el tercer silbo de la serpiente junto á vuestros oídos, el silbo impuro de la sensualidad; y, si no estáis en guardia, vais á sucumbir á la terrible concupiscencia del más vergonzoso de los vicios.

Y cuando, olvidándoos de Dios, de su presencia y de su ley, hayáis devorado el fruto prohibido del mal libro, ¿qué habréis ganado? Os había prometido el diablo que seríais como dioses, y sois como él, demonios.

¡Vuestro orgullo os forjaba una divinidad engañosa, y, en vez de llegar á ella, habéis descendido á la animalidad! Lisonjeábase vuestra curiosidad con la esperanza de conocer el bien y el mal; y en verdad que habéis llegado á saber cosas muy bellas! Sabéis vuestra vergüenza: *Et cognoverunt quia nudi essent*, y estáis obligados á avergonzaros de vosotros mismos y á esconderos: *et erubuerunt*. Y, ¡dichosos aún los que se ruborizan en presencia de Dios! Vuestra sensualidad esperaba encontrar un placer delicioso en esa literatura, y habéis hallado el gusto de la amargura. Buscabais el placer, habéis encontrado el remordimiento; buscabais flores y encontráis fango. ¿Qué habéis llegado á ser? ¿*Adam, ubi es?* ¿Qué metamorfosis se ha

operado en vosotros? La metamorfosis de los compañeros de Ulises: ¡habéis bebido, pobres niños, en la copa de Circe!

¿Es necesario llegar al fin y continuar leyendo vuestra propia historia en la historia de nuestros primeros padres? Eva hizo pecar á Adán dándole de comer el fruto prohibido. Lector escandaloso, haces lo mismo cuando te complaces en prestar á tus amigos el libro detestable que ha de pervertirlos. Por tí pasa de mano en mano el veneno; pero has de saber que tú, que lo propagas, echas sobre tu conciencia tantos pecados como víctimas ocasionas. Por tí habrá un alma, una clase, un estudio, una sección de que has sido pérfido envenenador, introduciendo en ella libros malos. Por tí habrá una mesa de amigos, una mesa de familia que se alimentará de plantas venenosas. Contigo estará contento Satanás, contigo podrá contar en adelante, porque has cumplido su obra, y no te resta más que escuchar la sentencia que pronunció Dios contra el primer culpable: "*Morte morieris, morirás;*" ó mejor: estás ya muerto, y muerto por tu falta: *Morte morieris*.

No digo que la muerte del alma se siga necesaria é inmediatamente; no murieron luégo que pecaron nuestros primeros padres. Pero, consecuencia de esta alimentación malsana, concibe y recibe el alma un germen de muerte. Y afirmo que los que hacen de la mala lectura el alimento preferido, no tardan en contraer enfermedades morales que, *conducunt eos in puteum interitus*. ¿Queréis permitirme solamente que lleve con vosotros la cuenta de lo que podéis ganar y de lo que podéis perder con las malas lecturas?

## II

¿Qué podéis ganar? La única excusa que pudierais alegar es la esperanza de sacar algún provecho intelectual de esas lecturas. Pero no, hijos míos, en esas lecturas no aprenderéis á escribir: en primer lugar, porque no las hacéis con tal propósito; y, en segundo lugar, porque esos li-

bros no han sido escritos con tal objeto. Y aun suponiendo que se ocultase algún pequeño trozo de metal en esa inmundicia, entre esos tizones del infierno ¿qué hombre honrado tendría corazón para bajarse hasta ella, machándose por recogerla en ese estercolero, ó quemándose por sacarla de ese brasero?

Nada podéis ganar en ese comercio, y en cambio es mucho lo que podéis perder. En primer lugar, el tiempo que necesitáis para otras cosas. Nos enseña la experiencia que los que se entregan á esas lecturas invierten en ellas las horas y los días, cuando no las noches que se pasan en esas corrupciones de la imaginación, con perjuicio del deber, que es el primero que sufre las consecuencias. Se pierde también la afición al estudio, y, desde luego, el fruto del mismo; porque, ¿cómo hemos de complacernos en la severa meditación de las lenguas, de las ciencias, de la historia y de la filosofía, cuando tenemos la cabeza y el corazón presa del delirio? Se pierde la energía de cada una de las facultades, se oscurece la inteligencia, no se tiene el gusto por las cosas sólidas, y, en el seno de esa atmósfera corrompida, declina y se apaga la luz de la fe. Se entorpece y enfría el corazón bajo la acción de ese narcótico que le arrebató á la vez el vigor y la tranquilidad. Y en lugar de amar, codicia; y en lugar de los goces delicados que le proporcionaban las tiernas solitudes de la familia, de la amistad y de la religión, no conoce más que esas malas alegrías del alma que denunció Virgilio como mortales. La imaginación se puebla de fantasmas impuros; la conciencia se doblega hasta el punto de perder todo estímulo, y, finalmente, la voluntad abdica en la inercia, como el pensamiento en el desvarío. De los que á esas lecturas se dedican, nada esperéis que sea varonil. No son hombres; no son más que esclavos; esclavos, como el hijo pródigo del Evangelio, que, vendido al amo que le hacía apacentar los cerdos, se alimentaba con los restos de la comida de los animales que guardaba. De esta manera habla de los libros malos San

Jerónimo: *Possimus siliquas interpretari daemonum, cibos carmina poetarum, rhetoricorum pompam verborum, etc.* (S. Hieronymus, Epist. XXI ad Damascum). Prácticamente, todas estas pérdidas de tiempo, de trabajo, de fe, de conciencia y de valor, terminan por la pérdida de las costumbres y por la muerte del alma. Se aprende el mal y se sigue practicando; se prueba y se concluye por apurar la copa del mal; se llega á tocar el fondo del vicio, hasta el cual nos hace descender el peso del libro malo.

Se ha llevado cuenta de las locuras producidas por las malas lecturas, y se ha hecho la estadística judicial de los crímenes por ellas sugeridos y de los suicidios de los cuales han sido causa. Pero ¿quién puede contar los suicidios de las almas! Seguramente no me equivoco al afirmar que las malas lecturas constituyen el más rico manantial de reclutamiento para el infierno; y hay algunos libros en cuyas tapas de buen grado escribiría yo lo que grabó el Dante sobre la puerta de su *Infierno*: "Todos los que entráis, dejad aquí la esperanza."

Los mismos que escriben esta clase de libros saben á qué atenerse respecto á la obra y al autor. Ya anunciaba Rousseau que naufragaba cualquiera que leyese sus obras; y, hablando de sí mismo, se expresaba en estos términos: "No puedo mirar uno solo de mis libros sin estremecerme: en lugar de instruir, corrompo; en lugar de alimentar, enveneno; pero la pasión me extravía, y, con todos mis hermosos discursos, no soy más que un infame."

Condenados por sus mismos autores, cuando los autores son sinceros, condenados por sus efectos y por la ley natural, los libros malos son también condenados por la Iglesia, que ha instituído una Congregación Romana, la Sagrada Congregación del Índice, encargada de redactar un cuadro indicador, *Index*, de los libros más peligrosos á la fe y á las costumbres. Pero los libros cuyo título se halla escrito en el Índice, no son los únicos libros malos; lejos de esto: la Iglesia no condena de este modo más que

los libros que se le denuncian, por tener gran crédito ó presentar gran peligro á causa del renombre ó de la posición de sus autores: estos libros son objeto de especial prohibición; son condenados por el sagrado tribunal, cuya autoridad es la autoridad del Papa, que sanciona sus decretos.

Pero, acabemos ya, hijos míos; acabemos por un juramento parecido al de las sociedades de temperancia de Inglaterra: el de no probar jamás esos licores embriagadores y nocivos, que se llaman libros malos, comprometiéndonos ante Dios á detestarlos y á huír de ellos, cualesquiera que sean. Hay libros perversos y libros péfidos; no sé deciros cuál de estas dos clases es más perniciosa. En vano nos forjamos ilusiones: "Esto no es tan malo, no es más que un poco ligero; esto no me hace nada; no me impresionaría ni poco ni mucho." ¡Sois bastante depravados y vuestro temperamento moral se halla suficientemente estragado para pasar el veneno sin sentirlo!

Al conjuraros que huyáis de los libros malos, no necesito deciros que me refiero también á los malos periódicos, que, ni de paso, deben entreteneros ni un solo instante, ni para leer un folletín, ni los debates de un proceso inmoral ó una noticia escandalosa. Hay ciertas hojas impresas que están muy de moda, y que no deben ser tocadas jamás por manos que se respeten y pretendan guardar su necesario decoro.

Debéis comprometeros ante Dios á huír del mal libro, desde la primera línea que se dé á conocer. "¡Basta! debéis decir; ¡esto no vale nada!" echándolo violentamente de vosotros, como rechazaríais á un ladrón que tratara de robaros el reloj. Si tenéis la desgracia de continuar platicando con el tentador, llegaréis hasta el fin, y este fin será el de vuestra alma. Y mucho más: si guardáis en vuestro poder tales libros, que no merecen más que el fuego. Los que en otro tiempo morían en la plaza de Grève, quemados por la mano del verdugo, eran menos corrompidos y menos corruptores que los de nuestros días.

Debéis comprometeros, para toda vuestra vida, á no leer malos libros. Y al decir toda vuestra vida, no me refiero solamente á vuestra vida de colegio, sino á toda vuestra vida de hombres, por muy larga que sea. Me refiero particularmente al tiempo de vuestro servicio militar (1). No sé qué extrañas ilusiones de conciencia tienen lugar en aquella época, ni sabría tampoco expresaros el horror con que escucho á algunos jóvenes que visten el uniforme cuando dicen que los soldados pueden leerlo todo! Esto es, hijos míos, sencillamente espantoso, y me hace pensar en aquellos desdichados vencidos del año 1870, que á la mañana siguiente de los combates que tuvieron lugar á la vista de Orleans recogía yo con otros sacerdotes, por las viñas, donde yacían sin vida. ¡Ay! en gran número habían perecido en la huída, y sólo pude explicármelo cuando, al registrar las mochilas, encontrábamos en ellas, teñida en su sangre, una novela inmoral junto á una fotografía obscena. Aunque las escarchas de la edad hubieran vuelto blancos vuestros cabellos, os diría lo mismo: ¡No leáis libros malos! En ninguna edad, en ningún estado, en ninguna condición puede ser bueno lo que es malo; ni es permitido echar aceite en el fuego de la concupiscencia, que jamás se extingue.

Una palabra más, hijos míos: la última que se refiere á un deber muy grave y que seguramente os sorprenderá. No solamente tenéis el deber de huír de los malos libros, sino que tenéis también la obligación de denunciarlos á vuestros superiores para que atajen el mal. Escuchad bien lo que voy á deciros: acabáis de saber que en el estudio, en el escritorio de uno cualquiera de vosotros, en un escondrijo, que él mismo ha practicado entre los libros, hay un cartucho de dinamita, cuya mecha encendida va á producir una explosión, que destrozará la sala entera. ¿Qué

(1) Recuérdese que en Francia es obligatorio el servicio militar.  
(Nota del traductor)

vais á hacer? ¿ Vais á callar? ¿ Vais á disimular el crimen, permitiendo que perezcan tántos inocentes bajo los escombros? ¡Qué! Cuando conspira un traidor contra la seguridad del Estado, contra el honor de una familia ó contra la vida de un hombre, el no denunciarlo, conociendo sus intenciones, es hacerse cómplice suyo; y cuando conspira un libro malo contra la salvación de un alma, de una clase, de una sala de estudio, ¿ creéis que pueda obligaros el honor á no denunciar el criminal? errónea es la idea que del honor os habéis formado.

La justicia y la caridad, la caridad para con vuestros hermanos os obligan á descubrir el mal. Antes de hacerlo, pedid consejo á vuestro confesor; avisad al culpable, salvadle hasta donde podáis, arracad de sus manos el instrumento mortífero. Pero, si persiste en su crimen, denunciad al asesino. No haréis una delación, sino un acto de salvación. No será un acto de cobardía, será el acto heroico del Caballero de Assás, que fue hecho prisionero una mañana por una avanzada de hanoverianos, emboscados para sorprender al ejército francés; y, amenazado de muerte, si con una sola palabra revelaba la presencia del enemigo, despreció la muerte, y gritó con todos sus pulmones, para que le oyera su regimiento: “¡ A mí, Auvernia, aquí está el enemigo!”

MONSEÑOR BAUNARD

## Decadente

Era un garrido mancebo ;  
 En sus ojos fulguraban  
 El talento, la esperanza,  
 Y el amor, y la alegría ;  
 Y en la frente pura y tersa  
 Musas y Gracias posaban  
 Con sus manos generosas  
 Los favores á porfía.

